

San Quintín

revista de narrativa, publicación bimestral septiembre/octubre 1996

106

Héctor Alvarado
Eduardo Antonio Parra
Pedro de Isla
Alvaro Cueva

\$10.00
\$3.00 Dlls.

A R M A S L E T R A S

revista de la universidad autónoma de nuevo león

Nueva época

Núm. 2

septiembre/octubre 1996

Apuntes de un provinciano
Gabriel Zaid

Cien años del cine en México
Roberto Escamilla

Colaboraciones de:

Guillermo Samperio, Vicente Quirarte, Humberto Martínez,
Antonio Tamez Tejeda, Pedro de Isla, Jorge Cantú de la Garza,
Carmen Alardín y Reynol Pérez, entre otros.

Secciones de :

Sociología • Historia • Música • Teatro • Libros • Informática



Tarín & Contreras
P U B L I C I D A D
S.A. DE C.V.

División de
PrePrensa PC o MAC

- *Salida electrónica*
- *Modificación de Selección*
- *Digitalizaciones*
- *Prueba de color*
- *Transfers y Respaldos*
- *Impresiones (laser byn o inkjet color)*

Matamoros 1415 pte. Col. Obispado Monterrey, N.L. México C.P. 64040

T: (8) 343-3240, 340-1741, 340-1879, 340-1935 F: (8) 345-9979 E-mail: atarin@mail.giga.com

San Quintín
revista de narrativa, publicación bimestral 106

En la Celda de Trabajo

Sabina Bautista
Graciela España
Pedro de Isla
David González

Compañera de Celda

Gabriela Ruiz
Edición Gráfica

Celador de Diseño

Tarín y Contreras, Publicidad, S.A. de C.V.

Guardianes de Impresión

Litográfica Nuevo León, S.A. de C.V.

Abogado Defensor

Ramón López Castro

Recluso Invitado

Sergio Villarreal
Portada: Sin Título. Acrílico, óleo
y herrajes sobre tela.

Año I Número 2

Septiembre-Octubre 1996

Registros en Trámite

INDICE

Héctor Alvarado	2
Navegar es preciso...	
...	
Eduardo Antonio Parra	8
La noche más oscura	
...	
Pedro de Isla	17
Quemad las naves	
...	
Alvaro Cueva	23
El Angel caído	
...	
Los reos de este número	27
...	
Convocatorias	28

Los textos publicados son en su totalidad
responsabilidad del autor.
No se regresarán originales. Queda sujeto a
decisión de la Celda de Trabajo la
publicación de las colaboraciones recibidas.

© DERECHOS RESERVADOS

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización
de la Celda de Trabajo y de los autores.
Correo Ordinario: San Quintín 106 B Col. Mitras Centro
Monterrey, N.L. C.P. 64460 Tel. (8) 346-1377
Correo Electrónico: pdeisla@mail.giga.com
Fax: (8) 344-7685

NAVEGAR ES PRECISO...

Héctor Alvarado

Un adolescente abre la puerta que da a la calle. Su figura se delinea al atajar la luz de una lámpara. Cierra. Son las cuatro de la mañana en ese barrio de Morelia; tras las esquinas tiemblan aún la casa y su luminosa calidez.

Se llama Sebastián y camina con el arrojo de quien busca hacer el juramento del mar ante un maestresala milenario que lo arrebató al tedio de sus cortos años, al calor de esa ciudad de piedra, a la voz de su propia soledad. Sebastián quiere convertirse en marinero. Tras de sí deja un sentimiento de rencor que no sabe si es justo, la escuela en donde cientos obedecen al mando de órdenes extrañas, el trabajo en la papelería Hidalgo en el que pasa las horas de la tarde manejando la fotocopidora con su luz verdiblanca, recurrente dos, tres, cuarenta veces mientras siente que su destino vive en otro lugar, lejos.

Sebastián quiere ser marinero, por eso va calle abajo pensando en que su padre -Sebastián también- camina junto a él y lo empuja a seguir. Sebastián no conoce el océano, nunca ha visto un barco de verdad, las gaviotas y los percebes guardan para él su secreto; pero de noche, de noche sabe que el cielo es el mismo en la tierra que en el mar y navega interminablemente porque no tiene recuerdos, los crea, los inventa al recorrer el firmamento, advierte rostros que le han sonreído desde lo alto de un velamen. Sus catorce años no le impiden una esbeltez anuncio del hombre fuerte y nervudo. Carga una maleta con trescientos trece pesos, dos mudas de ropa, unos zapatos que pronto le quedarán, un libro de Julio Verne y la armónica que compró en el Mercado de Madera pensando que sería fácil tocarla.

Se detiene en el cruce del Libramiento Norte y Madero; es temprano para hallar un

camión, así que resuelve ir a pie hasta la Central de Autobuses. En el libro de Julio Verne duerme un naufragio, el dibujo de una goleta hecha pedazos, sobrevivientes que yacen en la playa y encuentran su nueva vida en islas igual de solitarias que el corazón de Sebastián. La calle Madero es la contraparte del mar: cerrada, inmóvil. Los edificios de cantera parecen haber crecido del suelo como árboles exuberantes.

Hasta hace una semana, Sebastián era hijo de Arístides Villaseñor y Laura Ibarra, ambos bibliotecarios que nada supieron de aventuras, gente simple y ahorrativa que al paso de veintidós años no pudieron echar un vástago y buscaron una adopción. Junto con el niño, recibieron un acta de nacimiento fechada en Veracruz.

La Central de Autobuses apenas despierta. Sebastián compra un boleto con destino a Manzanillo, ese puerto que su imaginación convierte en un mundo de niebla y barcos inmensos, sirenas llamando a partir, gritos organizando la carga hacia las distintas orillas del océano.

El autobús parte a las cinco cincuenta; una vez que los límites de Morelia quedan atrás, algo se endurece en el pecho de Sebastián, algo como una casa y un lecho y una pareja de bibliotecarios maduros que no son sus padres, lo sabe, y a quienes no desea odiar, y sin embargo siente que no podrá perdonarlos.

Hace una semana recibió el aviso de correspondencia en el apartado postal de la papelería Hidalgo. Ahí estaba el nombre, era la primera carta que le enviaban en toda su vida. Pensó en una tarjeta de Arístides o Laura para sorprenderlo y fue al correo. Le entregaron

una caja de mediano tamaño, astrosa, sucia de viajar de mano en mano, de ciudad en ciudad. Remitía el cabo Sebastián Figueroa Maldón desde el puerto de Salina Cruz.

De lejos vio el lago de Pátzcuaro, deslumbrante cristal en el amanecer de este día en que Sebastián ha conocido el arrojo y también el miedo, el miedo de ir creciendo en pocas horas sin saber cómo ni por qué.

Dejó el paquete en la papelería; no quiso descubrir su contenido porque sospechaba que dentro de ese cubo de cartón deteriorado algo se movía, latiendo, temblando en la quietud de la papelería a punto de cerrar, en el silencio de la cena con sus padres, en la oscuridad de su cuarto aquella noche interminable. Llegó muy temprano; abrió el paquete. Las paredes exteriores casi se deshicieron entre sus dedos, pero tras ellas, sólida y compacta, apareció otra caja más pequeña.

Con el sol de las ocho en su ventanilla, Sebastián vio el bosque cerrado de pinos que lo despedían al salir de Uruapan, las quintas añosas, el ejército de árboles de aguacate y limón que invadía las huertas. La carretera, de ahora en adelante, sería un largo descenso.

Lo primero que apareció al abrir la caja fue un periódico. Era una sola hoja de *El dictamen* de Veracruz, sin fecha, cuyos dobleces asimétricos le daban apariencia de papel viejo, de simple material de embalaje o protección; pero Sebastián, lejos de desecharlo, revisó cada noticia, cada cabeza, cada nombre. En una esquina, destacada aunque brevemente, se consignaba la llegada del mercante *Prometeo* luego de cuatro meses de travesía. Un golpe de ansiedad lo asaltó: el barco había encallado en aguas bajas cerca de Filipinas y el maestresala, Sebastián Figueroa Maldón, a fuerza de empeño y experiencia lo había salvado del naufragio. Dejó el periódico de lado. Siguió explorando. Dentro de una bolsa de plástico había fotos, algunos papeles sueltos, y al fondo,

protegido con lona impermeable, un diario o libro de cartas.

La vegetación a ambos lados de la carretera crecía a medida que el autobús iba cayendo rumbo a la costa. Floraciones de colores que jamás imaginó parecían saltar hacia las pupilas de Sebastián desde su ingravidez aparente. Los helechos, la chaya, la guanábana, el cueramo con su hiriente flor blanca habían tomado el lugar del pino y el oyamel sobre la tierra oscurecida por la humedad y la lluvia. Sebastián abrió la ventanilla, quería llenarse de esas plantas, poseerlas, pero un anciano que ocupaba el asiento tras el suyo le rogó que la cerrara. Entonces advirtió que no viajaba solo y faltaban seis horas para que conociera el mar.

Aún después de leer la carta que abría el cuaderno, no quiso entregarse al peso de aquellas palabras que le daban un origen y cegaban otro. Catorce años de pactos con el mismo sol, la casa protectora, el gigante de cantera dentro del que solía jugar, la sonrisa de Arístides y Laura... todo se desdibujaba a fuerza de golpes de conciencia.

En La Huacana el autobús hizo un alto para que el pasaje almorzara, Sebastián no tenía hambre. Aguardó en su asiento, pero muy pronto el calor riguroso, reverso de la primavera moreliana, lo intranquilizó y acabó por expulsarlo a la calle. Explorando los portales se aburrió y al final, atisbo esmeralda en medio del sol, descubrió a lo lejos la Plaza de Armas. Los árboles más altos y robustos que Sebastián recordaba los encontró rodeando aquella plaza humilde. ¿Qué son esos árboles? "Tamarindos", le respondió alguien a cuyo rostro no prestó atención porque el transporte lo llamó con su claxon indecoroso rompiendo el mutismo de la plaza casi desierta a las doce treinta.

En el cuaderno estaban setenta años de la memoria de Sebastián. Una sensación ambigua, entre culpa y orgullo, lo asaltó al ir recorriendo las páginas. Poco a poco advirtió que las verdades del mundo iban más allá de

su cuerpo y su corta historia de adolescente en una ciudad de catedrales y jardines. La caligrafía de Sebastián Figueroa Maldón se apretaba en pliegos de papel extrañamente engrosado y frágil por la humedad. Con la misma paciencia del mar, dictadas por su ritmo, escribió cartas a un hijo desconocido a cuyas manos tal vez nunca llegarían. Eran mensajes breves algunas: la noticia de un naufragio, una paga extra por haber llevado la carga a buen resguardo, la imagen de un cielo sin nubes. Otras, largas y tristes, acaso enternecidas por el roce del alcohol, contaban recuerdos familiares, rescataban para su hijo las imágenes del bisabuelo Everardo, viudo, Juez Municipal en Matehuala, que odiaba a los marineros; la decisión del primer Sebastián de irse a pesar de todo; historias de barcos fraternales y odiosos; recomendaciones sobre cómo tratar a cada océano y a cada mar en el mundo.

Serían las dos cuando imaginó que el calor y el sueño lo aturdirían porque allá afuera, a la orilla del camino hasta hace poco fragante, se alzaba un paisaje de sequedad y cactáceas, algunos manchones de zacate amarillento, la erizada melena de una palma real. Aquella imagen hermana del desierto era una zona de transición cercana a Cuatro Caminos. Por un letrero lijado por el sol Sebastián supo que Colima estaba a 220 kilómetros.

Leyó todo el cuaderno; por un rato mantuvo los ojos cerrados; luego lo acomodó en el paquete y cogió las fotografías. El bisabuelo Everardo dejaba de ser un viejo, una tez borrosa y se volvía un hombre fornido, de traje y zapatos de botón que abrazaba el hombro de su novia o esposa. Ella, menuda, trémula estaba sentada en un sillón de ratán y lo miraba. Una mirada de adolescente, sin más deseo que la contemplación por sí misma. Después vino la imagen de dos niños casi idénticos (el de más edad de pie; el menor sentado en un taburete) vestidos con trajes de

primera comunión; ambos mantenían un cirio en la mano derecha. Sebastián advirtió en los ojos del pequeño una resignada tristeza y supo que ese era su padre.

Aprovechó una parada del autobús para comer en Mazamitla. Le gustó aquel pueblo escarpado y armónico. No hacía mucho calor, o tal vez el viento de la costa lo disipaba. Empanadas de queso de cabra, iguana en achiote, birria de chivo: todo era para Sebastián un descubrimiento. Antes de partir compró dulce de leche con nuez; la joven que atendía la dulcería le sonrió al despedirse.

Alrededor de una mesa, tres marineros posan para la cámara. Su actitud poco natural, curiosamente, hace que el carácter de cada uno se defina. Enseñan al fotógrafo las cartas de un juego de pókar que tal vez jamás ocurrió. Dos de ellos, en primer plano, parecen alegres y dejan colgar de los labios un cigarrillo apagado. Hay una botella de brandy sobre la mesa. El tercer marinero observa la lente, ve más allá, absorto. Su copa está vacía mientras las de los otros rebosan.

El descenso termina. La carretera es una larga línea recta y la vegetación se halla tan cerca que parece a punto de cerrarse sobre el autobús. Hace calor. Sebastián abre un poco la ventanilla. Las palmeras y los plátanos son de un verde que a un tiempo lastima y acaricia, y esa deslumbrante cercanía obliga a que sus ojos ardan y no pueda evitar un lagrimeo. Todo se vuelve por un instante caótico y verde. El aire que entra por la ventanilla seca las lágrimas. Con un bufido el autobús cambia de ritmo, su velocidad se hace irregular. Están llegando a Colima.

La última fotografía estaba protegida con papel de china. Una mujer morena, alta, cuya cintura estrechísima pasmó a Sebastián lo veía desde el pasado. Reconoció en ella su cabello ensortijado; nada más. La miró de arriba abajo, a contraluz, de cerca y lejos como si fuera un juego. La fotografía estaba

recortada para acomodarse en un marco oval, de modo que el ver su reverso, sólo pudo leer:

astián de mi vida:

*Si alguna esp
ueño el amor que el original siente
témpalo seguido para que el recuerdo
rque tu negrita jamás se borre del mu
Tu*

María

Agosto 2 de 195

Aquel mundo fragmentado, parcial, injusto era Sebastián: palabras, imágenes hundidas en otro tiempo, la incertidumbre áspera y un apego que desde ahora y para siempre debía sentir. "María, María", dijo a media voz, oyendo el sonido en su boca, cuando salieron de la terminal de Colima. Eran las cinco; Manzanillo distaba sólo 40 kilómetros. Ni una cita, ni un llamado a reunirse encontró Sebastián en el envío de su padre, sólo reticencia, tal vez un amor contenido, cierta frase cálida y el anuncio de que el *Prometeo* estaría en Manzanillo hasta el 7 de octubre.

A través de un claro en la maleza, el relámpago azul del mar lo electrizó. Estuvo atento cada vez que la sinuosidad del camino dejaba entrever una línea de espuma, la formación de una ola, el horizonte nuboso; y tras una curva que hizo al autobús tambalearse, lo encontró: abierto, gigantesco, remoto a sus dedos que acariciaron el cristal de la ventanilla.

En la Central de Manzanillo el fragor de motores y la densidad del humo lo obligaron a correr hacia la calle. El sol que lo recibió, languidescente a las seis de la tarde, era sin embargo corrosivo. Suciedad, olores desconocidos, el vago acoso del hambre fue todo lo que advirtió desde la acera antes de abordar el taxi que lo llevaría al muelle 62.

Dejó atrás la Central y, en poco tiempo, también el pueblo. Sebastián imaginó que Manzanillo sería más grande. En realidad era

estrecho, casi agobiante la pesadez de sus casas, sucio de basura y salitre. No vio a ningún marinero, sólo a un grupo de soldados descargando una camioneta de la Armada. El sol se ocultaba cuando el taxi lo dejó frente a una calle peatonal que desembocaba en el muelle 62. Un olor a madera húmeda lo hacía sentirse mal, como si avanzara con una lentitud insoportable. Se detuvo. La sirena de un petrolero que entraba a la bahía sonó cortando el silencio y los restos de calor.

Inmóviles, taciturnos, cinco barcos se alineaban en el muelle. *El Glaciar*, *Corsario de la Plata*, *Lázaro Cárdenas II*, *Araucana*, *Prometeo*. Sin prisa, tratando de guardar en los ojos por mucho tiempo la altura inusitada del *Prometeo*, su color óxido, las amarras, ese vaivén como de animal antiguo, Sebastián se acercó. La escalera de acceso estaba cerrada. Llamó con toda su fuerza y al poco tiempo un hombre adormilado se asomó: la tripulación del *Prometeo* tenía la tarde franca; regresarían a eso de las diez; el barco zarparía al amanecer.

Aprovechando la última luz, deambuló por el muelle. En *El Glaciar* solicitaban grumetes. Era un galerón cansado de trasijar los mares que sólo emprendía viajes cortos; pero al pisar la cubierta Sebastián sintió una ligereza inexplicable, una emoción que lo cimbraba por completo. Llenó sus pulmones con aquel aire nuevo y observó el cielo rosáceo a lo lejos. Entonces tuvo hambre de verdad y buscó dónde comer cerca del muelle.

Los marineros del *Prometeo* le parecieron groseros y sucios. No vestían de manera especial, no llevaban insignias ni podían identificarse unos a otros. Fueron llegando, ora en grupos reducidos, ora solitarios, pero hacían escándalo, silbaban, maldecían riendo con fuerza como si en eso hallaran una razón para vivir. Sebastián se acodó en el barandal de la escalera. Sus manos transpiraban, sentía en el cuello la tensión del viaje y de la espera. Una luz neón le permitía ver los rostros de quienes iban entrando. No pudo

reconocer en ninguno el parecido con su padre.

Esperó hasta casi medianoche. Tenía frío y las piernas le cosquillaban de cansancio. El *Prometeo* dormía y a pesar de todo no se entregaba al sueño, temblaba con el ritmo de la marea como un ser vivo que se acomodara en su lecho, resoplando, midiendo la pequeñez de Sebastián que en la mirada tenía azoro y tristeza.

Gritos, risas ebrias se acercaban por el muelle. Dos hombres cargaban en vilo a un tercero. Se detuvieron, tomaron ánimo y siguieron hasta el pie de la escalera. Lo dejaron ahí, perdido y solo. Sebastián lo miró. Un silbato desde el puente ordenaba a la tripulación apagar las luces.

Dejó la maleta al lado de aquel hombre, trató de irse y sin embargo a los pocos instantes, lenta, apaciblemente regresó a sentarse junto a él. Acomodó su cabello desordenado, abrochó los botones de su camisa, siguió las líneas de ese rostro en el que se veía reflejado con vaguedad.

Antes de ponerse en pie, sacó el libro de Julio Verne de la maleta. Lo puso bajo el saco del hombre que dormía. Luego, sin volverse, con pasos cada vez más largos, se dirigió a *El Glaciar* que lo había estado esperando toda su vida.

ESTANTERIA



MONTERREY, ESPEJO NUESTRO DE CADA DÍA

Varios
UANL/Crónicas
1996



¿QUIÉN DIJO ESO?

Jaqueline Zúñiga
Libros de la Mancuspia
Julio 1996



LA NOCHE MAS OSCURA

Eduardo Antonio Parra

El mirador, desde el que se domina gran parte de la ciudad, se hallaba completamente vacío. Por la carretera no corría ningún auto. Sólo a lo lejos millones de luces parpadeaban, enroscándose para dibujar laberintos, telarañas, figuras asimétricas de neón. El cielo se cubría con nubes oscuras, y el viento arrancaba ya de matorrales y calles las primeras tolvaneras cuando una camioneta apareció dejando atrás una curva, después torció para adentrarse en el terraplén, avanzó hasta la orilla del pavimento y se detuvo.

-Ya es tarde -dijo ella esquivando el beso que Hernán intentaba después de apagar los faros y el motor-. Mañana tengo que ir a la facultad, y tú al trabajo. Además puede llegar la granadera. Mejor llévame a la casa.

-Sólo un rato, Rosario -la abrazó-. Al cabo tu mamá ya debe estar dormida de todos modos.

-Pero la policía...

-Ahorita no hay granaderas. Están dormidos por ahí.

Sin esperar respuesta comenzó a acariciarla mientras la besaba. Rosario sintió una respiración húmeda en el oído, salpicada a veces por un clic metálico cuando los dientes de Hernán encontraban uno de sus aretes. Se estremeció. Hernán había bebido en la fiesta y era imposible negarle nada. Dispuesta a corresponder, fue resbalando poco a poco sobre el asiento hasta perder de vista el espectáculo nocturno de la ciudad. Dentro de la estrecha cabina, el rostro convulso de Hernán se iluminaba de cuando en cuando con el flachazo de algún relámpago.

-Ya, ¡ya! ¡Agúítala! Es para todos, hijo- el Pepo arrebató el cigarro de los labios de Ramón. Ya ni chingas, lo carburaste todo.

-¡Deja de quejarte y pásalo ya!- intervino Lorenzo.

-¡Oh, güey!avía ni fumo.

-Pos apúrate, ¿no?

El enorme lote baldío se veía desierto.

Dentro del carro, con todas las ventanas arriba, el humo acre de la marihuana se concentraba penetrando hondo los pulmones, mezclándose en el cerebro con el *Don Bucho* y el tequila traído por Lorenzo. En un rincón del asiento trasero, el Mongo dormitaba con la lata de pegamento entre las piernas.

-El Mongo ya piró, raza -Lorenzo tosió expulsando el humo por la nariz y la boca-. No aguanta nada el bato.

-Lo que pasa es que no suelta el chemo -dijo el Pepo con voz lenta-. Segurito que orita anda en brazos de la muerte.

-¡No la chingues! -se alarmó Ramón-. ¿Y luego qué hacemos?

-Pos lo tiramos y ya -contestó el Pepo riéndose.

Ramón, asustado de veras, zarandeaba al Mongo por un brazo: "¡Carnal, carnal! ¡Despierta!". El Mongo gruñó algo parecido a un déjame en paz y Ramón suspiró aliviado. Pegó un manazo a la ventanilla, mientras volteaba a ver a los demás con felicidad:

-¡Está vivo! ¡Está vivo!

-Si serás pendejo -dijo Lorenzo-: éste habló de la muerte porque el Mongo alucina que se va pal otro barrio, que con el chemo se siente morir bien chido, no porque de veras estuviera muerto, güey.

-Ya se acabó el churro -el Pepo tiró la última brasa al piso para no quemarse-. ¿Vamos por más chupe?

-¡Ah, chingá...! -exclamó Ramón-. ¿Tú traes lana?

-Eso es lo de menos -dijo Lorenzo batallando para encender el carro-: nos transamos un súper, o a cualquier cabrón en la calle y ya.

Cuando el motor encendió después de varias sacudidas, el enorme Chevrolet abandonó lentamente el baldío, avanzó por un camino de tierra, y por fin, salió a una avenida donde pudo alcanzar un poco más de velocidad. Lorenzo abrió la ventanilla y un aire violento, húmedo y lleno de polvo, barrió el olor a marihuana y a pegamento.

Un perro amenazó a la noche con sus ladridos de reto y Mario contuvo el impulso de salir corriendo. El animal se revolvía en gruñidos y arañazos contra la malla que lo encerraba junto a la acera, sin perderlo de vista. Mario tuvo que bajarse hasta media calle, le mentó la madre al animal y se palpó instintivamente el corazón. Los latidos eran rápidos, pero no supo si se debían al susto o a la buena distancia caminada. Pensó en el motor muerto de su carro: "Mala suerte no saber nada de mecánica". Dejó atrás al perro y siguió dando grandes zancadas sin querer pensar en todo el camino que le restaba hasta su departamento, al otro lado de la loma. "Todavía más mala suerte no traer ni para el taxi".

De pronto cada paso se le hizo más difícil, más pesado. Miró hacia adelante y encontró la calle que se levantaba hacia unos edificios nuevos, retorciéndose como culebra en un absurdo juego de serpientes y escaleras dentro de un tablero colocado al revés. Pensó entonces que el ascenso exigiría todo el esfuerzo de sus piernas, y no había manera de hacer un rodeo. "Lo único bueno es que llegando a lo alto todo lo demás es fácil", se dijo. Alzó la cabeza y recorrió con la mirada las construcciones sobre la cumbre: las más modernas y lujosas de la ciudad. Incrustado en el cielo, la más alta parecía luchar contra el embate de las nubes que la cercaban, negras y bajas, tomando, desde el punto en que se encontraba Mario, la apariencia de un rascacielos. Un relámpago iluminó los edificios, seguido de un trueno que estalló muy cerca de

ahí. "El colmo de la mala suerte", pensó Mario entre jadeos, "va a llover".

A lo lejos, otro perro comenzó a ladrarle a los pasos que se acercaban.

Las luces de colores del televisor se derramaban sobre la cama iluminando dos rostros crispados. El fumaba nervioso al lado de un cenicero repleto, y ella bebía whisky en un vaso corto mientras de tanto en tanto se mordía las uñas, arrancándose el esmalte pero sin atreverse a romperlas. Al terminar el whisky, dejó el vaso sobre un buró repleto de frascos de pastillas. En la pantalla, un documental de la CBS transmitía violentas imágenes de guerra.

-No es posible que todo esto esté ocurriendo -dijo Edna angustiada-. Tienen que detener a ese asesino o va a acabar por destruirnos a todos.

-¡Shhh! ¡Cállate! -la interrumpió Samuel. Estoy tratando de entender.

-¡Pues dime de qué está hablando!

-Otra vez están bombardeando a Israel. Con misiles, creo.

-¿Y de los misiles que lanzó a Europa no han dicho nada?

-¡Cálmate! Seguramente es mentira.

-¡Que me calme! ¡Mentiras! ¿Cómo voy a calmarme? ¿Qué no entiendes que ese hombre está loco? -Edna saltó de la cama y fue a una mesita junto al televisor. Volvió con el vaso de whisky lleno-. Quiere destruir el mundo...

Samuel no contestó. Durante varios minutos sólo se escucharon en la habitación las palabras en inglés del cronista y el entrevistado. De pronto, apareció en pantalla un mapa de los Estados Unidos y por unos momentos la narración fue interrumpida. Edna se levantó, murmuró un "tengo calor", y fue a aumentar la potencia del clima. Al regresar al la cama, vio que sobre el mapa un indicador iba señalando algunos lugares del estado de Texas.

-¿Es Houston, verdad? -exclamó Edna- ¡Dime qué dice!

-Parece...-murmuró Samuel profundamente abatido- que se teme que en cualquier momento manden misiles para bombardear el país. En Texas hay varios puntos estratégicos.

Desesperada, Edna saltó de la cama y caminó en círculos por la habitación repitiéndose: "No puede ser. No puede ser". Recordó que los misiles en ocasiones erraban o eran desviados. Texas no estaba lejos... "¿Y si cayeran aquí, en Monterrey?" Abrió las cortinas de un manotazo. La ciudad se extendía bajo su ventana muchos metros abajo. Una serie de relámpagos la asustó y volvió rápidamente a la cama. Su marido encendió un nuevo cigarro mientras apagaba el televisor. Edna tomó un calmante y antes de cerrar los ojos murmuró:

-Dime que no puede suceder. Dímelo, por favor.

Samuel aspiró el humo profundamente. No contestó.

-Ya ni chingas, ¿por qué le das por aquí? -el viejo Chévrolet se arrastraba trabajosamente, bufando en cada metro ganado a la subida -. Vas a joder el carro, güey. De por sí...

-¡Oooh! Tranquilo -Lorenzo le sonrió con burla al Pepo -. El buque aguanta.

-¿Pero adónde vamos?

-Orita, en la bajada, hay un súper. ¿No querías seguir chupando?

-Además por aquí se ve con madre la ciudad, Pepo- dijo Ramón sacando la cabeza por la ventanilla-. Miren las luces, las fábricas, los edificios, ¡qué chingona ciudad! ¿A poco no? Por allá está el barrio... Y el aire. Así, fresco. Como que va a llover... Qué chido se siente el aire, ¿no?

-Qué chido... -se rio Lorenzo-. Chido estuvo el marro. Andas hasta la madre, carnal.

En la parte más alta el auto perdió

potencia. El motor temblaba, boqueando en busca de más aire. El ruido señalaba que iba a detenerse en cualquier momento. La noche se volvía cada vez más oscura, pero dos relámpagos seguidos alumbraron la amplitud de la avenida y el extenso terreno del lado derecho. Una camioneta parecía abandonada en el mirador.

- ¿No te dije? -exclamó el Pepo cuando la máquina se detuvo por completo-. ¡Esto ya valió madre!

- No seas pendejo. Yo lo apagué. Quiero ver si están cogiendo aquellos -señaló hacia la camioneta.

- ¡Cabrones! ¿No se agarren ahí! -gritó Ramón cuando distinguió una silueta a trasluz- ¡Succiónala, bato!

-Ya déjense de chingaderas y vamos por el pomo. A eso venimos, ¿no? -dijo el Pepo impaciente.

-¡Qué pinche agüite eres, Pepo! -gritó irritado Lorenzo encendiendo nuevamente el motor.

Con los ojos entrecerrados Rosario contemplaba, a través del vaho en el parabrisas, las nubes negras que brillaban al reflejar las luces de la ciudad. Hernán se movía sobre ella besándole el cuello, y sus jadeos se confundían con el rechiflar del viento. No lograba concentrarse. El placer ocurría a ella muy despacio, como si llegara desde muy lejos, en oleadas lentas que nunca alcanzaban a llenarla por completo a causa de la rapidez de Hernán. No podía adaptarse a esa rutina sexual de falda arremangada y pantalón en las rodillas, en la oscuridad del autocineta, parques solitarios y miradores. Hernán en cambio lo disfrutaba. Era su idea de emoción y variedad. Incluso le había propuesto seguir haciéndolo de ese modo después de casarse, cuando Rosario terminara sus estudios. Cerró los ojos en busca de las sensaciones de su cuerpo, y los

mantuvo así siguiendo en su interior la rítmica respiración de Hernán.

A través de los párpados apretados con fuerza, sus ojos distinguieron el intenso resplandor que penetró en la cabina. Creyó que por fin alcanzaría el orgasmo. Pero el trueno cimbró toda la ciudad como el redoble de un tambor gigantesco y la obligó a abrir los ojos. Hernán no parecía haberse dado cuenta. En el cielo las nubes ya no podían distinguirse: todo era una sola mancha negra.

-Se acaban de apagar las luces -dijo.

-Mejor... -alcanzó a murmurar Hernán antes de acelerar el ritmo de sus caderas.

Rosario volvió a cerrar los ojos.

-¿Aaayyyy! -Edna despertó aterrorizada en la oscuridad-. ¿Qué fue eso Samuel?

-No sé. Un rayo quizá.

-¡No pudo ser un rayo! -accionaba inútilmente el interruptor de la lámpara-. ¡Un rayo no apaga las luces! ¿Oiste la explosión? -¡Cálmate, Edna! ¡Fue un rayo que cayó en la planta eléctrica! -gritó Samuel para tranquilizarla.

Edna corrió hasta la ventana. Su terror aumentó cuando no pudo ver la ciudad a los pies del edificio. Todo era oscuridad. Sólo algún solitario par de luces surgía de entre las sombras, muy lejos, para luego extinguirse enseguida. En el cielo el fulgor de la luna se esforzaba por atravesar la cortina negra de nubes, penetrando escasamente entre jirones que parecían cabellos vaporizados.

-¡Toda la ciudad, Samuel! ¡Se apagó todo! ¡Fue una bomba!

-¡No puede ser una bomba Edna!

-¡Sí! ¡Acuérdate que chupan toda la energía antes de explotar!

-¡Eso es imposible, Edna! -Corrió a abrazarla-. ¡Los misiles no pueden llegar hasta acá!

-Mira! -Edna señaló el cielo-. ¡Es humo! ¡Es el hongo!

-No es una bomba, mi amor -Samuel la condujo a la cama-. Fue sólo un rayo que cayó en la planta de luz.

-Entonces, ¿por qué no se activa la planta de emergencia del edificio? -Edna sollozaba.

-Esas cosas tardan... -dijo Samuel intentando convencerse.

Mario caminaba a ciegas maldiciendo la subida y la oscuridad cuando una barra de luz fue a estrellarse en su rostro. Levantó una mano para protegerse. El miedo lo invadió y quiso correr, pero las piernas cansadas no respondían a sus impulsos. La luz lo recorrió de arriba a abajo para luego desviarse hacia el suelo.

-¿Qué anda haciendo joven? -dijo una voz añosa.

-¿Perdón?

-Le pregunté que qué anda haciendo por aquí a estas horas.

-Se me quedó el carro... -Mario titubeó - No traigo para el taxi. ¿Es usted policía?

El hombre se acercó hasta unos dos metros. Gracias a la luz de la linterna, Mario pudo distinguir una silueta corpulenta, coronada por una gorra. La sirena de una ambulancia se escuchó a lo lejos y cientos de perros corearon su canto.

-¿Qué nochecita... -dijo el hombre para sí-. No soy policía, soy el velador de este edificio-. Dirigió la linterna hacia arriba, y el círculo de luz se paseó por varios pisos hasta difuminarse sin alcanzar a recorrerlo todo-. ¿Y para dónde va?

-A mi casa. Pasando la lomita...

-Mejor tómese un café conmigo. Así a oscuras no va a llegar a ninguna parte.

Mario siguió la silueta del hombre hasta lo que parecía una cochera.

-¿Cuántas te trajiste?

-Pos nomás una, ¿y tú? -contestó Ramón.

-Qué pendejo estás, yo agarré dos -dijo

el Pepo-. Con el apagón, ni color se dieron. ¿Y tú Lorenzo?

-Una también.

-Bueno, pos abriéndolas, ¿no? Cada quien la suya.

-¿No se te hace difícil manejar así?

-¿Oscuro? -Lorenzo destapaba el tequila con los dientes-. Ni mais, soy un chofer bien chingón. Es como andar en carretera.

-¿Y ora dónde vamos?

-No sé -contestó Lorenzo-. Pero ando bien caliente.

-¿Y eso qué? -se burló el Pepo- ¿apoco ora vamos a ir a robar un congal?

-Pos un congal no. Pero vamos a ver si nos la rola el güey que estaba cogiendo allá arriba.

-¡Sobres, bato! -aprobó Ramón-. ¡Yo te apoyo! ¡Se me hace que con eso hasta el Mongo despierta!

-¡Pérense! ¿Que traen? -preguntó el Pepo-. ¿Qué van a hacer?

-Cálmate, Pepo. Míralos, ai tan.

Lorenzo apagó los faros al salir de la curva y bajó despacio al terraplén, acercando el auto a la camioneta. La silueta de la *pick-up* apenas podía distinguirse por el vacío al otro lado. Dentro del *Chévrolet*, los tres hombres dieron largos tragos cada uno a su botella. Ramón acercó la lata de pegamento a la nariz del Mongo mientras le susurraba: "Despiértate, manito. Despiértate."

-¿Y quién vive en esta torre? -preguntó Mario.

-Puros ricachones. Yo ayudé a construirla, y ni siquiera puede imaginarse todo lo que le pusieron a estos departamentos -contestó el velador-: sauna, clima central, cristales super resistentes, creo que hasta antibalas, puertas eléctricas, alfombras, parabólicas. El edificio tiene su propia planta eléctrica, pero nunca la habían probado, yo creo que no funciona.

-O sea que ahorita no pueden salir -Mario dio un sorbo al café-. Digo, por las puertas.

-Ni cuenta se dan. Esta gente se duerme temprano para madrugar. Yo creo que por eso tienen dinero.

-Estuvo duro el rayo ...

-Muy duro. Si esto fuera la capital, hubiera creído que era un temblor.

-Qué rara la ciudad. Nunca la había visto así, a oscuras -dijo Mario.

-¿No sientes más calor?

Samuel creía haber podido calmar a Edna pero en la pregunta comprendió que estaba equivocado. Sabía la dirección que llevaba el pensamiento de su mujer.

-Es porque se apagó el clima, mi amor -contestó.

-¡No me engañes! ¡Sabes que son las radiaciones!

-¿Pero cuáles radiaciones, Edna?- se enfureció Samuel-. ¡Serénate! ¡Vuelve en ti! ¡Es tan sólo un apagón!

-No. No es un apagón -temblaba-. ¡Las radiaciones van de arriba a abajo! ¡Es necesario salir! ¡Bajar!

Edna salió corriendo de la habitación y Samuel la siguió. Fue hasta la puerta y apretó el botón para abrirla varias veces sin resultado. Entonces la golpeó con los puños mientras histérica daba rienda suelta a los gritos:

-¡Auxilio! ¡Sálvenos por favor! ¡Auxilio!

-¡Mi amor! ¡Mi amor! ¡Cálmate!

Samuel la contuvo al fin y la arrastró hacia el piso. Ahí la abrazó por la espalda fuertemente, intentando controlar su propio terror mientras sentía cómo su esposa se deshacía en convulsiones.

Rosario terminó de alisarse la falda con un dedo de decepción mientras Hernán orinaba la llanta de su lado eructando como si acabara de comer. Sacó de su bolsa un tubo de colorete, y en el momento de encender la luz de la cabina para pintarse, vio dos escenas

simultáneas: unos hombres pasaron rápidamente junto a la portezuela abierta en dirección a Hernán y otro metía el brazo por su ventanilla, buscándola a manotazos. Se sintió asida con violencia del cabello, y mientras luchaba por zafarse alcanzó a oír golpes y botellazos mezclados con los gritos de su novio. Más tarde, cuando el brazo se enroscó en su cuello ahogándola, escuchó un bulto rodar por la pendiente, despeñando piedras hacia el barranco. A partir de ahí todo le resultó confuso.

-¡Apaga la luz rápido! -ordenó Lorenzo-. ¡Puede venir alguien!

-¡Sáquenla! ¡Sáquenla! ¿Qué tal está?

-¡Está bien buenota! ¡Ay, mamacita! ¡El banquetazo que nos vamos a dar!

-¡Tráiganla! ¡Aquí en la caja nos la echamos!

La arrastraron hacia la parte trasera de la camioneta y la levantaron de los cabellos para subirla, haciéndola gritar. Uno de los hombres le dio una cachetada: "¡Cállate, puta!". Sintió cómo la ropa se le desprendió con violencia, un dolor agudo en los hombros cuando le arrancaron el sostén, y seis manos ásperas que le recorrían los senos, el estómago, las piernas. Olían a sudor y alcohol fuerte. A marihuana. La voz del que parecía llevar la pauta dijo: "vamos a darle un traguito", y Rosario no entendió hasta que un chorro de olor penetrante empezó a caerle en los labios. Tosió. Le quemaba la garganta. Intentó eludirlo pero le sujetaron la cabeza y le metieron el cuello de la botella dentro de la boca, hiriéndole encías y dientes. El licor le adormeció pronto la lengua y dejó de toser antes de que la botella se vaciara por completo. Se sentía adormecida, los brazos y las piernas ya no tenían fuerza. La presión de las manos de los hombres disminuyó. Arriba, las nubes se reacomodaban y Rosario pudo ver cómo una luna lejana se esforzaba en abrirse paso, antes de que la silueta de uno de los hombres

se interpusiera.

-Yo voy primero- dijo Lorenzo.

El viento sacudía los cristales del edificio con ráfagas intermitentes. Algunas ventanas vibraban. Mario apuró el resto de café que quedaba de su taza de plástico e hizo un gesto de desagrado por el sabor acre. Vio la silueta gacha del velador junto a la hornilla: sus movimientos apenas se perfilaban a la luz débil de las llamas azules.

-¿Cree que tarde mucho? -preguntó.

-¿La luz? -el velador se irguió-. No creo. Estas cosas pasan de vez en cuando: los rayos queman los transformadores de la planta, pero ponen los de repuesto luego luego. Un rato más y verá.

Mario caminó hacia la banqueta. Apenas salió de la cochera, sintió el roce del viento en la piel. Ya no olía a humedad. Dio unos pasos hacia el centro de la calle buscando un ángulo desde donde pudiera distinguirse la ciudad, pero abajo, donde se suponía que estuviera, sólo había una mancha negra en la que reinaba el silencio.

-Dicen que hace algunos años -empezó a decir Mario cuando escuchó los pasos del velador tras de sí-, unos quince años, hubo un apagón igual en la ciudad de Nueva York. Y que la noche se llenó de crímenes, asaltos, violaciones, accidentes..., incluso de suicidios.

-Es que los gringos están locos -contestó el otro-. Nomás es cosa de ver la tele. Los mexicanos siempre somos más tranquilos. Digo, si no nos buscan. Allá están llenos de asesinos y enfermos mentales. Yo creo que es por tanta droga y tantas películas de viejas encueradas. Por eso hay tanto psico... ¿cómo? Psicópatas, creo. Y tantos suicidas. Ya ni siquiera creen en Dios. Aquí no. Mire nomás para allá -señaló el agujero negro de la ciudad-: si no fuera por el aire y las nubes sería una noche hermosa, así, sin luz.

-Si usted dice ... -apuntó Mario.

-Sí, hombre. Claro que sí -el velador regresaba a la cochera-. Végase.

¿No quiere otro cafecito?

-No, muchas gracias -contestó Mario, y antes de seguirlo volvió a buscar con los ojos la ciudad.

Los temblores fueron abandonando lentamente el cuerpo de Edna, y Samuel pensó que la crisis había pasado. La estrechó con más suavidad sintiendo cómo el cuerpo femenino se relajaba. Sin embargo, él mismo seguía preguntándose qué era lo que había ocurrido, por qué la electricidad no volvía, por qué toda la ciudad... No podía apartar de su mente las imágenes vistas en el televisor ni las palabras del cronista que creyó entender. Sentía pena por la debilidad de su esposa y ensayó una caricia suave pasándole una mano por el rostro. Un dolor agudo en los dedos le arrancó un grito y casi al mismo tiempo Edna se puso de pie. En su rostro, las facciones estaban transformadas por el pánico y la cólera.

-¡Me mordiste! -gritó Samuel apretándose la mano.

-¡Nos vamos a morir y tú no haces nada! ¡Nada!

-¡Edna! ¡Por favor...! -se levantó y caminó hacia ella.

-¡No! ¡Vete! -los gritos de Edna se extinguieron en su carrera a la recámara. Samuel la escuchaba con dificultad: ¡Tú te quieres morir! ¡Y quieres que me muera contigo!

-¡Nadie se va a morir, Edna!

La siguió a la habitación, donde Edna se lanzó con fuerza contra el ventanal chocando con el vidrio ruidosamente. Fue rebotada casi hasta la cama. Samuel corrió a levantarla pero cuando llegó ella ya estaba arrancando la pequeña lámpara de noche del buró y lo recibió con un golpe en el pecho. Se tambaleó y no pudo esquivar el segundo golpe que le cayó sobre la coronilla tumbándolo sobre la alfombra.

-¡No voy a morir contigo! ¡A mí no se me va a llenar de ampollas la piel! -gritaba Edna

con los ojos muy abiertos-. ¡Todavía puedo salvarme! ¡Todavía es tiempo!

En el momento de recibir el tercer golpe Samuel aún manoteaba para detenerla. La lámpara se rompió, lo que aminoró la fuerza del impacto contra su nuca. No perdió el conocimiento, aunque quedó inmóvil.

Edna tiró los restos de la lámpara sobre la cama y se lanzó de nuevo contra el ventanal, una, dos veces, cayendo luego sobre la alfombra salpicada de puntitos rojos. Antes de desmayarse, Samuel pudo escuchar el grito sofocado de su mujer cuando todo el departamento se llenaba con un ronroneo mecánico.

Sin poder moverse, sin poder pensar, casi creyendo que soñaba, Rosario vio los resplandores lejanos que desaparecieron en seguida. Sus manos se paseaban por una superficie de madera áspera y sentía dolor en las piernas. La oscuridad giraba veloz en torno a ella haciéndola experimentar una placentera sensación de ligereza. Un cosquilleo le subía desde el vientre e instintivamente levantó las caderas. De la garganta le brotó un quejido. Entonces se dio cuenta de que un hombre la poseía. Quiso reconocer el rostro de Hernán, pero su mirada sólo veía una silueta enjuta en la que se adivinaba una cabeza rapada de grandes orejas. Cerró los ojos. El calor recorría su cuerpo y la llenaba por completo. El cosquilleo se volvió de pronto muy intenso y Rosario buscó la cercanía del hombre elevando aún más las caderas. Pronto el quejido se convirtió en un grito y levantó los brazos para apretar la espalda de su amante.

-Te gusta, ¿verdad, putita? -dijo una voz desconocida-. ¡Hey, cabrones! ¡Ya despertó la vieja! ¡Y le gustó el galán!

-¡Órale, pinche presumido! -gritó Lorenzo desde el *Chévrolet*-. ¡Acaba y vámonos a la chingada que ya va a regresar la luz!

El pánico le cayó a Rosario junto con el recuerdo de todo lo que había pasado. Abrió los ojos y en la silueta reconoció al que la sujetara del pelo desde el principio. Sus manos abandonaron la espalda del tipo y buscaron el pecho, intentando alejarlo, pero no tenía fuerza suficiente. Sacudió la cadera de un lado a otro para sacarse el miembro extraño mientras sentía que el asco estaba a punto de estallar en el rostro. La oscuridad giraba ahora de una manera vertiginosa y Rosario se encontró de pronto vomitando besos y tequila. El remolino se iluminó. Millones de luces parpadeantes la envolvían por todos lados. Entre espasmo y espasmo, Rosario escuchó a los hombres:

-¿Ya acabaste? -preguntó Lorenzo.

-Se me hace que me echo el otro ...

-¡Estás pendejo! ¡Vámonos! ¡Alguien puede vemos!

Hizo esfuerzos por sentarse después de oír que el carro se alejaba. Se limpió la cara con una mano intentando contener un nuevo acceso de vómito. Desde la caja de la camioneta, vio a través de las lágrimas el lugar por donde había rodado Hernán. Más allá, la ciudad montaba su espectáculo de figuras de neón.

-Bueno, yo me retiro. -dijo Mario-. El camino es largo.

-Ya le había dicho que esto no duraba -dijo el velador-. Que le vaya bien.

-Gracias por el café.

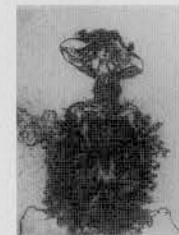
Inició la caminata loma abajo con tranco largo debido al descanso. En la primera oportunidad se acercó a una avenida grande, bien alumbrada, sin perros. Pensaba en la mañana siguiente, en que madrugaría para ir en busca de un mecánico, en el auto viejo que ya necesitaba cambio de máquina, en las lujosas residencias por las que había pasado, en los hermosos perros guardianes necesarios para ahuyentar a los rateros, en los rascacielos donde vivían los ricos de la ciudad. Se detuvo un momento y giró para volver a contemplar los edificios. En el más alto, tres departamentos

habían encendido las luces. Los demás parecían apagados. "Qué envidia vivir ahí", se dijo, "en tranquilidad completa, sin darse cuenta siquiera de lo que ocurre aquí abajo. Mala suerte ser pobre y andar a pie".

Un *Chévrolet* tuerto y destartado apareció frente a él y Mario aminoró el paso. Distinguió cuatro cabezas, una de ellas muy baja. Cuando pasaron junto a él, en la ventanilla trasera apareció un hombre de cabeza rapada y le arrojó un botella: "¡Órale, puto!" Mario no tuvo que moverse, la botella se estrelló a varios metros de él. "Pinches borrachos", pensó y esperó a que el carro se alejara para volver a caminar.

No le importó la agresión: delante de él se estiraba la avenida curva que lo llevaría hasta el puente. Un poco más allá se hallaba su departamento. Apretó el paso mientras admiraba el excelente alumbrado que competía con la luz del sol, y hacía de la ciudad un verdadero paseo para disfrutar la noche.

ESTANTERIA



EL TOPÓGRAFO Y LA TARÁNTULA

Patricia Laurent Kullick

LIBROS DE LA MANCUSPIA

EL TOPÓGRAFO Y LA TARÁNTULA

Patricia Laurent Kullick

Libros de la Mancuspia/Cuentos

Julio 1996



QUEMAD LAS NAVES

Pedro de Isla

*A Sergio Cuéllar,
quien quemó las naves por otros motivos.*

Seis de la mañana. Las miles de lanzas que anoche aún no revelaban sus puntas en el horizonte, ahora dejan ver una empuñadura que las mantiene erguidas y parece enfilarlas a nuestro encuentro en el mar abierto. Los cientos de barcos que salen del puerto se sacuden con energía, mientras recortan las olas con pequeños saltos que cubren de efímeras ampollas blancas la mitad superior del casco.

Los mástiles, que ondearon una orgullosa bandera en otros tiempos, en otras naves y con otros reyes, ya no llevan sus velas sujetas con cuerdas junto con los cañones de bronce que hicieron a este país poderoso y rico. Ahora los nuevos mástiles se cubren de antenas de acero y cables de plástico; se superponen y parecen chocar unas con otras mientras se dirigen hacia los cardúmenes que otros países en ocasiones les permiten pescar. No necesitan salir tan temprano, pues tardarán días en llegar, pero la costumbre es tan fuerte que se trae en la sangre.

Hoy no habrá mucho trabajo para mí. Por eso es fácil permanecer en cubierta sin la necesidad de cuidarme constantemente de los gritos del jefe de turno; en estas tres semanas de viaje he aprendido lo suficiente como para que sus sermones sean cada vez más aislados y cortos. Ahora puedo dejar que el viento me golpee la nuca y lance el cabello hacia la proa, tratando de adelantarse y llegar primero a tierra.

También puedo voltear, darle la espalda al puerto y sentir el viento empujándome para que baje de este barco y ya deje de importunarlo con mis historias nocturnas de la familia, aventuras infantiles ocurridas en estas tierras antes de partir, cuentos que se desarrollan por

caminos como el de Santiago, que llevan a castillos encantados donde hay doncellas en problemas y caballeros transitando por bosques interminables llenos de animales que hablan mejor que los humanos, caminando por enormes grutas secas y oscuras, donde se esconden tesoros inimaginables. No son historias de guerras, donde el aire es azul, picoso, lleno de lamentos, vómitos y muerte. Aunque también son historias de familia, ésas las supe mucho después.

Seis de la mañana. El barco está en calma antes del último cambio de guardia, aún faltan horas para llegar a la zona del puerto reservada a los viejos y pesados barcos de carga que necesitan valerse de remolcadores para llegar a salvo, atracar y descargar. Ahí las maniobras son mecánicas, en grandes volúmenes; no habrá mujeres despidiendo a sus hombres, tampoco redes dormidas en la playa, ni recibimiento para el hijo de un hijo de Europa que ha decidido regresar a casa.

Cuando baje se me habrán acabado las historias que le tenía al mar. A las duras piedras que rodean el atracadero les contaré otras, distintas a las que también escuchó el viento durante el viaje; son las historias que ellas se perdieron porque no pudieron seguir hace 30 años a mi padre en su viaje a América junto con un hijo pequeño y una esposa dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo. Solamente que su mundo terminó a mitad del mar.

Mi madre trató de oponerse a un sepelio marino, pero el hacinamiento en el barco no permitía consideraciones. Hubo muchos otros entierros en el viaje, tal vez demasiados. Un largo toque de la sirena de niebla y un rápido certificado la hicieron viuda en público; tres meses después, otro certificado la hicieron viuda en público; tres meses después, otro certificado

igual de apresurado la hizo madre por segunda vez, aunque ahora en privado.

A las finas lajas en la playa les contaré de puertos desconocidos, con lajas parecidas; sabrán de la ilusión de mi madre por llegar al puerto de Veracruz para bajarse y buscar la manera de regresar a casa, les contaré tanto del recibimiento triunfal entre discursos y papelitos multicolores como de las sospechas e interrogatorios de la policía por sus deseos de volver de inmediato.

También sabrán de la anunciada ayuda inicial para con los pobres españoles que se desangran en una guerra fratricida y encuentran acogida en esta tierra de la abundancia, tan noble que perdona los años de servidumbre hacia la corona y los recibe con los brazos abiertos. Después les contaré de la idea que teníamos de un nuevo mundo en Cinemascope, con casas, avenidas, plantíos, montañas y autos más grandes que los españoles, *"porque ya verán ustedes que en América todo es en grande, tiene que ser así"*.

Y las piedras en las calles de este pueblo, a quien nunca visitan los turistas a pesar de la fama mundial que le dio la primera travesía del primer loco que decidió navegar rumbo al oeste, sabrán que la ayuda terminó apenas se fueron los corresponsales, nacionales o extranjeros, junto con los fotógrafos que venían con sus cámaras para terminar los reportajes y tomar una cerveza en una cantina alejada de la zona de gachupines.

Llegamos a América cuando la tierra estaba recién dividida en ejidos y pocos se atrevían a abandonarla, por lo que mi madre no pudo comprar el terreno que deseaba. El dinero que le dio el gobierno para que se instalara se le escurría entre viajes para ver tierras y trámites para comprar los permisos.

Siempre era el mismo papeleo, con los mismos pagos, con recibos y sin ellos, y también obteníamos los mismos resultados. Al año no había dinero ni refugiado que deseara ayudar a una mujer y sus dos hijos para

regresar a España.

Ella deseaba volver con lo que aún le quedaba de familia, hablaba una y otra vez de cosas que yo no siempre entendía: los lazos, las costumbres y la sangre.

La sangre era lo más difícil de comprender. Para mí la sangre era mi padre vomitando en el barco, entre espasmos, fiebre y sus delirios que lo hacían gritar a toda hora. No entendía cómo intentaba regresar si ahora estaba sola por culpa de la sangre. No me lo alcanzaba a explicar.

Sin ayuda, no hubo más remedio que buscar trabajo en el puerto. Su acento provocaba la desconfianza de las mujeres y la avidez de los hombres. Yo me quedaba encargado con una vecina de la vieja casona convertida hacía muchos años en vecindad. La señora apenas si sabía de mí, pasaba todo el día atendiendo a sus seis hijos y a mi hermano.

Ahí teníamos nuestra casa, "el piso" como se empeñaba en llamarlo mi madre. Quedaba muy cerca del Malecón y por las noches se escuchaban las orquestas tocando en alguna de las tantas plazas cercanas.

Esa fue una buena época. La música entraba por la ventana y se pegaba a nuestros oídos. A mí me parecía una música con un ritmo poderoso, embrujante. Mi madre no la soportaba, decía que eran sonidos fáciles, para gente de escaso cerebro. En cambio, yo la sentía dulce, la dulzura de lo simple, de lo alegre y sereno.

En cuanto oscurecía me sentaba junto a la puerta y jugaba a descubrir cuándo llegaban los otros vecinos. El más fácil de adivinar era el señor del piso de abajo cuando tomaba, se distinguía por sus pasos lentos, parecían cansados de tanto subir esas escaleras para encontrarse a una mujer que estaba cada vez más gorda y que se quejaba por cualquier tontería, quería que le trajera peras de cáscara delgada o un kilo y medio de carne molida y él solamente le llevaba un kilo.

A falta de muebles, los dos cuartos del departamento me parecían enormes. Estaban divididos por lo que antes fueron un par de puertas corredizas, desde antes que llegáramos nosotros una estaba clavada y la otra suelta, recargada sobre la pared. A veces pensaba que nunca tuvieron movimiento, tal vez las hicieron y nunca las colocaron en su lugar, estaban destinadas al fracaso.

En cada cuarto había una cama, una pequeña ventana y un montón de cajas de madera con nombre de vinos, donde mi madre guardaba la escasa ropa que compró antes de que se le acabara el dinero.

Las ventanas estaban permanentemente cerradas. Mi madre sólo las abría los domingos mientras barría. Cuando sentíamos entrar la brisa marina para levantar el polvo y jugar con él. Veíamos el sol reflejarse en la mesa servida para el desayuno, nos dábamos cuenta mi hermano y yo que por fin había llegado el día de descanso. Yo esperaba con ansias ese día, pero creo que él lo deseaba aún más.

Entre semana, cuando llegaba del trabajo, sabía que era ella desde que pisaba el primer escalón. Por más cansada que estuviera, no se permitía arrastrar los pies en los escalones. El sonido era pausado, firme y constante. No se detenía en ninguna puerta o piso.

Abrir la puerta y verla entrar llenaba mis sentidos: el pestilente olor a pescado, las manchitas rojas que no habían caído en el delantal de faena contrastando con su piel amarillenta, el suspiro que contenía desde que salía de casa rumbo al trabajo hasta que regresaba; finalmente, su solicitud para que corriera hacia ella a pesar del olor y de las manchitas.

Apenas la saludaba, se seguía hasta su cama para quitarse esos zapatos que siempre quiso cambiar por otros más cómodos. Después me acomodaba junto a ella, le estiraba los brazos hasta que colgaran de cada lado de

la cama, les ponía un pedazo de trapo mojado con agua tibia y nos dormíamos, sólo un poco porque el hambre o los golpes a la puerta nos levantaban. Entonces mi madre se quitaba los trapos, movía los dedos para ejercitarlos y abría la puerta a la vecina que, siempre rodeada por dos o tres de sus hijos, ya le traía a mi hermano.

Mi madre nunca quiso dejar Veracruz, esperaba regresar a su casa, aunque ya no existiera. Me explicaba algo que yo no quería conocer; supe de mi padre a través de las historias que me contaba y apenas me interesaban, su tierra era aun más incómoda, pensaba que era imposible asimilar una nueva vida, en una nueva ciudad si se cargaba el lastre de un continente viejo, en decadencia y en guerras perpetuas. La vida estaba de este lado del mar y la gente lo sabía, por eso huían de un continente exprimido.

Aquí el mar junto a la playa se ve diferente. Tal vez sea por la falta de tiburones rondando. A los tiburones del agua y de las calles de Veracruz los dejé atrás, a varios miles de kilómetros, para olvidarlos, algo que mi madre nunca pudo hacer.

A las pequeñas y alargadas grutas cercanas a estas costas, desgastadas por el aire, les contaré las últimas historias, las que me erosionan. Le diré una a cada gruta, así no me pesará contárselas. De todas maneras se comunican entre sí por pasajes subterráneos como los de mis cuentos infantiles.

Entonces se podrán enterar de la parte final de la historia. La de mi madre abrumada por el trabajo en la empacadora, lleno de peligros por las mutilaciones a causa del cansancio y del frío; convencida que no juntaría lo suficiente trabajando ahí porque las otras muchachas, más jóvenes, eran también más rápidas; su búsqueda de otras oportunidades para regresar, los constantes rechazos, las burlas hacia una española que estaba jodida *"pa que sufran como nosotros durante la colonización"*, el trabajo en un

burdel donde la ocuparían mientras conservara su acento español; la mudanza a escondidas hacia un cuarto al fondo del burdel; la mirada de los hombres contentos por vengar a sus madres y abuelas indias, aunque entre ellos negaran ese origen; las cortinas siempre entreabiertas de los balcones vecinos, las ganas de encontrarle, por fin, el gusto a ese maldito nuevo mundo.

Apenas baje, buscaré un pequeño lago que me recuerde mis años en la otra Guadalajara, la mexicana, tan distinta a la que abandonaron mis padres aquí en España. Largos años tras dejar a mi madre en Veracruz y correr a la Universidad, el refugio, donde descubrí la verdad del nuevo mundo entre las constantes cartas de mi madre pidiéndome al principio que regresara, después que le escribiera y al final, cuando decidí permanecer en ella como maestro, que únicamente me acordara de ella.

La Universidad enseña, muchas veces más de lo que uno desea. Las ideas revolucionarias siempre se gestan en Europa. Los intelectuales lo sabían pero yo no. Las raíces, la sangre, es muy poderosa, llama, y puede marcar a una persona.

También los apellidos marcan. Un maestro universitario con apellido "gachupín" y una madre refugiada que pierde a su marido en el viaje y está resuelta a volver a España, junto con mi infancia difusa entre las calles de Veracruz, son cosas difíciles de explicar a la policía, asustadiza y prepotente, en medio de las revueltas que se engendraban por todo el nuevo y el viejo mundo.

Mi madre no podía confesar nada, así que no lo hizo. De todas maneras podía ser culpable, entonces lo fue y pagó de inmediato. Ni siquiera supe donde quedó su cuerpo. Y como ella podía ser culpable, entonces también lo podíamos ser mi hermano y yo.

Él también pagó de inmediato, yo no. Durante más de quince años compensé su benevolencia regresando con mis amigos de

la Universidad a vigilar e informar por encargo mientras otros me vigilaban e informaban de mí, era un perfecta red que se espiaba mutuamente.

A veces, pocas veces, me permitían viajar. Sólo dos veces regresé a Veracruz. Ahí veía en cada hombre a los que habían entrado con mi madre en el cuarto prestado, siempre como jactanciosos vengadores de su raza. Fueron quince años que terminaron hace tres semanas, en mi segunda visita a aquel puerto donde llegamos.

Cuando llegué de nuevo a la Universidad no tenía de dónde asirme. Cortadas las raíces el árbol oscila, se seca y perece. Decidí descifrar mi historia, por eso fui por primera vez a Veracruz.

Al principio encontré pocos datos: Una relación de los viajeros que llegaron desde las playas francesas en 1938: mi madre contaba la salida al exilio desde su tierra y a escondidas dos años después, cuando yo había cumplido seis, así que esa información no me servía. La vecina que cuidó a mi hermano en esa época tenía unas viejas fotografías tomadas en el momento del desembarco de mi madre, en donde apenas se observaba el nombre del barco.

Después busqué la parte policial de la historia. El expediente de su interrogatorio al llegar a América no existía, tampoco el acta de defunción oficial de mi padre, menos de ella o de mi hermano. No había más.

Terminé buscando en la historia. Revisé libros editados en México y en España. Ambos manipulan las mismas historias con distintos resultados. Decidí buscar una tercera fuente: la Guerra Civil Española contada por autores ingleses o franceses.

Ahí descubrí que tampoco ellos la contaban, sólo buscaban la mejor manera de acomodarse en ella. Finalmente recreé mi historia con una mezcla de las tres visiones. Yo también quería acomodarme en ella.

Tras la guerra, escarbé en los orígenes de mi tierra: pequeños reinos primitivos, el

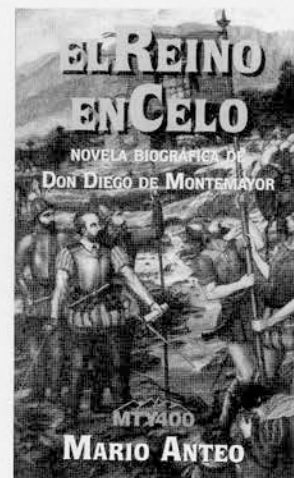
imperio romano y su decadencia, Carlomagno, Visigodos, Musulmanes, Judíos, pequeños reinos católicos, el Imperio, Carlos V, los Habsburgos y su decadencia, comunistas y republicanos, para retornar a los pequeños monarcas, simbólicos, y a los estados autónomos.

Siete de la mañana. El silbato suena una, dos, tres veces; tres fastidios seguidos, largos, penetrantes. Es hora de bajar a revisar las máquinas, cualquier trabajo es bueno con tal de salir, hasta éste.

A lo lejos, mar adentro, se alcanzan a ver las puntas de los mástiles, dirigiendo sus esfuerzos a donde no pueden llegar. Del puerto vienen tres remolcadores. Hay que apagar las máquinas.

He regresado al verdadero mundo, al origen. Cómo me gustaría quemar esas naves que se alejan. Quemarlas todas.

ESTANTERIA



EL REINO EN CELO

Mario Anteo
Ediciones Castillo
1996



LA VENTANA DE LOS DESEOS

Héctor Alvarado

Libros de la Mancuspia

LA VENTANA DE LOS DESEOS

Héctor Alvarado
Libros de la Mancuspia
Julio 1996



EL ANGEL CAIDO

Alvaro Cueva

Anoche subieron tanto los niveles de contaminación por ozono que el Angel de la Independencia sufrió un ataque de tos y tuvo que bajar de su columna para buscar migajas de oxígeno.

Tan pronto tocó el suelo, varios pandilleros lo agarraron a tubazos y lo asaltaron a punta de pistola. Así que el Angel se quedó tirado en plena avenida con sendos moretones, dos costillas rotas, el tabique completamente desviado y, lo peor, sin corona qué cargar ni cadenas para romper.

Nadie se compadeció del Angel. Algunos creyeron que se trataba de uno de tantos borrachos que gustan de perder el sentido en la calle, otros fingieron indiferencia para no alterar el decoroso sentido de sus vidas y no faltó quien reconociera al monumento y pensara que se trataba de una estrategia extranjera para desmoralizar al país.

Los únicos que se acercaron a la escultura fueron algunos turistas trasnochados que no perdieron la oportunidad para fotografiarse cerca de ella, ofrecerle licor y echarle en cara que se atreviera a descender, precisamente, en el corazón de un país tercermundista.

Después de varios intentos fallidos, el Angel pudo ponerse de pie y caminar hasta que dos patrulleros le salieron al paso. La estatua sonrió. Por fin alguien se apiadaría de ella y la ayudaría a regresar a ese pedestal de donde nunca debió haber bajado.

Pero los policías la tomaron por la fuerza, la arrastraron hasta su vehículo, le rasgaron el manto dorado que cubría su cintura y la violaron hasta dejarla sin una sola pluma.

Al día siguiente, el Angel de la Independencia despertó en un paraje oscuro de la tercera sección del Bosque de Chapultepec.

II

Cada vez que alguien se enamora, llueve en Monterrey. Librado lo sabía y tras varios

años de desesperante sequedad, renunció a su empleo de instalador de aparatos de aire lavado, retiró sus ahorros del Banco Mercantil y tomó el tren de las seis de la tarde rumbo a México.

Al llegar sintió el cambio. El aire era más denso, oscuro, con olor a carbón recién encendido, pero al mismo tiempo húmedo y penetrante. Observó los edificios con tendedores en los techos, los puestos de tamales gigantes, los trolebuses y las calles de un sentido por donde los camiones transitan a contracorriente. Suspiró y comenzó a buscar donde vivir.

Ya instalado en una pensión de la colonia Guerrero, Librado recorrió la calles del centro. No comió ni bebió. Buscaba algo y aunque no sabía dónde lo iba a encontrar, estaba seguro de que aparecería en cuanto llegara la noche.

Y así fue. La oscuridad y el ruido lo condujeron a una vieja casona cercana a Garibaldi donde se leía en un descolorido letrero de metal: "Estética Princess". Librado entró, vio tras un escritorio a una adolescente en leotardo y cerró la puerta.

Le dieron a escoger entre cuatro muchachas, pagó cien pesos, lo condujeron a una recámara y le ofrecieron un baño de vapor. El se negó, la edecán le pidió que se quitara la ropa y lo dejó solo, admirando los carteles de mujeres en tanga, las paredes mohosas, el baño sin puerta y la tabla de masajes cubierta por una roída capa de plástico negro que aparentaba ser piel.

La edecán regresó con toalla, jabón y un rollo de papel de baño. Librado se tendió en la mesa y comenzó la sesión de masaje. Las manos encremadas de la mujer le recorrieron la espalda.

El forastero podía sentir que se trataba de una rutina ensayada y aburrida, cerró los ojos, recordó que era precisamente de eso de lo que venía huyendo y se dejó sobar hasta

que la mujer llegó a su pene, interrumpió, le dio la opción de dejarlo mamar sus senos por cincuenta pesos más y le jaló el sexo hasta hacerlo eyacular algo que más que semen, parecía un borbotón de lágrimas.

III

Esta era la quinta vez que el Ángel de la Independencia intentaba denunciar a quienes lo ultrajaron y nuevamente se negaron a hacerle caso. No faltó burócrata que insinuara que la escultura había provocado todo al pasearse en paños menores a media noche; ni tampoco un delegado que tratara de chantajearla con encerrarla por faltas a la moral si no se acostaba con él ahí mismo, en su oficina.

Fueron tantas las humillaciones, los insultos, las insinuaciones y las faltas de respeto, que la estatua no sabía qué hacer con tanto rencor acumulado. Quería vengarse y necesitaba dinero. Llevaba tres días sin comer, las costillas no dejaban de dolerle y ya la tenía cansada su desnudez, así que, en un acto de odio absoluto, decidió volverse rica y cobrar venganza de la única manera a su alcance: haciéndose puta.

Su primer trabajo lo obtuvo en el Estadio Azteca durante los sábados en que la cancha se convertía en salón de baile, después incrementó sus ganancias ofreciéndose en Tlalpan y, finalmente, terminó en un burdel disfrazado de escuela de modelaje, en la colonia Anzures.

La fama del Ángel creció rápidamente y en unos cuantos meses se convirtió en el objeto de placer más cotizado del país. Los centenarios se vendieron más que nunca, las revistas pornográficas de todo el mundo se pelearon por contratarlo y más de un director de cine soñaba con filmar su vida.

Esta situación desató una peligrosa ola de celos y envidia entre todos los monumentos del Valle de México, que al sentir que perdían popularidad, no tardaron en imitarlo.

La Cibeles abrió su prostíbulo, Cuauhtémoc se volvió travesti y la Diana Cazadora diseñó atractivas fantasías sadomasoquistas para políticos e intelectuales, pero ninguno logró rebasar al Ángel de la Independencia en proyección, talento y clientela.

Después de todo, y esto era una verdad triste y contundente, sólo ella cogía como los ángeles.

IV

Pocas cosas molestaban tanto a Librado como perder el tiempo y, al parecer, eso había estado haciendo desde que llegó a México. Como cargador, ferretero, electricista y albañil, lo único que había conseguido era perder el tiempo.

De nada habían servido la huida, la ilusión, el instinto. Con el transcurrir de los días y las semanas se iba dando cuenta de que todo era un desperdicio. Su decepción llegaba a tal grado, que parecía inevitable que de un momento a otro fuera a conformarse con seguir siendo eso en lo que se había convertido.

Ya no iba a ningún antro, salón de masajes, centro nocturno ni cantina. En todas partes encontraba lo mismo. Incluso, inventó un pleito con la dueña de la pensión y se fue a vivir con varios posesionarios que le ofrecieron una recámara cerca de Indios Verdes.

El dinero no le alcanzaba, seguía sin llover en su tierra y el polvo lo estaba devorando de tanto absorber el sudor que le escurría por el cuerpo durante sus horas de trabajo en la obra. Muy pronto se iba a petrificar.

Esa fuerza que durante meses lo movió a buscar la humedad en las calles del Distrito Federal se había extinguido. La soledad lo obligaba a caminar lento, jorobado, con la mirada perdida en el suelo.

Días después hubo un accidente en la construcción. Uno de los obreros se había

perforado la mano y como era necesario culpar a alguien para distraer la atención de los demás ante la falta de condiciones seguras de trabajo, Librado apareció como responsable, fue despedido sin indemnización y lo ficharon para que nadie pudiera contratarlo, por conflictivo e indeseable.

El polvo fue endureciendo las articulaciones del forastero. No podía sentir rencor, estaba demasiado cansado para eso. Tampoco podía descansar, su desilusión le impedía cerrar los ojos.

Librado se puso entonces a deambular sin rumbo fijo por las moribundas calles de la ciudad, que fueron construidas en círculos y laberintos, para que la gente se rindiera en ellas y olvidara cada una de sus ilusiones.

V

El Ángel de la Independencia y Librado se conocieron por accidente. Ella seducía narcotraficantes en Tepito, él vagaba compulsivamente.

A pesar de ser tan diferentes, se atrajeron, porque quienes han sufrido no pueden evitar reconocerse al cruzar una mirada, al verse caminar, al escuchar sus titubeos, al sentirse igualmente solos en un espacio cada vez más poblado y que los rechaza porque no desea verse reflejado en sus sufrimientos.

Fueron a tomar una copa. Se descubrieron, se confesaron, se entregaron y mientras el Ángel dejaba de odiar, la piel de Librado iba recuperando la humedad que había perdido entre mujeres compradas y empleos de mala muerte.

La estatua olvidaba, Librado gozaba. Ambos se fundieron en reconfortantes momentos de placer que dejaron atrás vejaciones, mentiras y desperdicios.

Caricia a caricia los enamorados se fueron evaporando. El viento los sacudía. La luna los iluminaba. Se dirigían hacia el norte del país. Nunca se dieron cuenta de que el cielo se los estaba tragando sin remedio para dar lugar a

una de las lluvias más copiosas de las que se tenga memoria en Monterrey.

VI

El Ángel de la Independencia desapareció. Los rumores afirmaban que lo habían asesinado las otras esculturas en un monumental arrebato de rabia.

Sus clientes no se resignaron a perderlo y, en represalia, atentaron contra El Caballito. El caos se iba apoderando de la población. Bombazos en todas partes. Guerrilleros armados con equipos de soldadura. Pintas por doquier.

El gobierno mandó construir un nuevo ángel para colocarlo en la Columna de la Independencia; quería hacerle creer a la gente que la estatua se había arrepentido de su escabroso tren de vida y que había regresado para siempre a su pedestal.

Pero, antes de hacerlo, los escultores le cortaron las alas al ángel impostor para asegurarse de que jamás bajaría a sembrar desorden ni a quebrantar la opinión pública, independientemente de que la contaminación por ozono superara cualquier límite de tolerancia establecido.

San
Quintín
106

Te invita a que envíes tus colaboraciones. Se aceptan cuentos, relatos, crónicas y fragmentos de novelas (terminadas).

Sólo si tu texto es seleccionado por **La Celda de Trabajo**, se te informará a vuelta de correo junto con el cheque por tu colaboración y la fecha en que será publicado.

¡Nos leemos!



LOS REOS DE ESTE NUMERO

Héctor Alvarado Díaz

Monterrey, N.L. 1957. Lic en Letras.
Fue coordinador del Centro de Escritores.
Ganador del Premio Latinoamericano de Cuento en 1988.
Ha publicado *Juegos cotidianos* (1984), *Enciclopedia para ciegos caminantes* (1995) y *La ventana de los deseos* (1996)
Es Director General General de los Papeles de la Mancuspia y recientemente ganó el Premio Juan Rulfo para primera novela.

Eduardo Antonio Parra Caballero

León, Guanajuato. 1965. Lic. en Letras.
Ganador en el Certamen Nacional de Cuento, Poesía y Ensayo de la Universidad Veracruzana en 1994.
Ganador del Premio Nacional de Cuento organizado por la Universidad de Occidente y el Ayuntamiento de Guasave, Sinaloa.
Publicó el cuaderno *El río el pozo y otras fronteras* en 1994.
Su libro "Los límites de la noche", apareció recientemente bajo el sello editorial Era y además fue ganador de la beca de Conaculta para Jóvenes en la edición 1996-1997.

Pedro Jaime de Isla Martínez

Monterrey, N.L. 1966. Ing. Químico.
Fue becario del Centro de Escritores 1993-1994.
Ganador del Concurso Nacional de Cuento de la UDEM en 1991.
Ganador del Premio Latinoamericano de Cuento en 1992.
Actualmente es coordinador del taller literario de la UDEM y profesor de Difusión Cultural en la misma Universidad.

Alvaro Cueva Cantú

Monterrey, N.L. 1968. Lic. en Comunicación.
Fue becario del Centro de Escritores en 1991 y posteriormente se trasladó a la ciudad de México becado por SOGEM.
Sus columnas periodísticas aparecen diariamente en más de 10 periódicos del país entre los que destacan El Norte y Reforma.
Formó parte del Taller de narrativa de Francisco Hinojosa en la ciudad de México, donde radica actualmente.

Sergio Villarreal Uribe

Monterrey, N.L., 1948. Pintor.
Participa activamente en los nuevos movimientos plásticos.
Ganador del 1er. lugar en el Salón de Noviembre 1995 de Arte, A.C.
Su obra forma parte de la colección permanente de la Pinacoteca de N.L.
Actualmente es vocal por el área de artes plásticas en el Consejo para la Cultura de N.L.

CONVOCATORIAS

XV CONCURSO DE CUENTO UDEM 1996

Bases

- Podrán participar todas aquellas personas que radiquen en la República Mexicana, y únicamente los mexicanos que vivan en el extranjero.
- Los trabajos enviados deberán ser inéditos y escritos en español.
- La extensión de los trabajos deberá ser la siguiente: Cuatro cuartillas como mínimo, a máquina y doble espacio. Enviar original y tres copias.

Inscripciones

- Los trabajos deberán ser firmados con seudónimo, y en un sobre cerrado anexo se darán los datos de identificación del concursante.
- Seudónimo del concursante. Título completo del trabajo. Nombre completo del autor. Domicilio particular, colonia, código postal, teléfono y ciudad.
- Los trabajos deberán enviarse a:
XVI CONCURSO DE CUENTO UDEM 1996
Departamento de Difusión Cultural UDEM
Ave. I. Morones Prieto #4500 Pte.
San Pedro Garza García, N.L. 66238 México
Tels. (8) 338-50-50 ext. 176.
- El concurso queda abierto a partir de la publicación de esta convocatoria, hasta el 11 de octubre de 1996.

Notas

- El fallo del jurado será inapelable.
- La Universidad de Monterrey tendrá los derechos sobre la primera publicación de los cuentos ganadores o mencionados.
- No habrá devolución de los trabajos presentados.
- Cualquier trabajo que no reúna los requisitos antes mencionados, será anulado.
- No podrán participar personas que hayan ganado en otras ediciones de este concurso.
- Premio único e indivisible: \$3,000.00 (tres mil pesos). La premiación se efectuará el martes 26 de noviembre de 1996, en el patio central del Museo Metropolitano de Monterrey, a las 8:00 p.m. y ahí se dará a conocer al ganador.
- En caso de ser una persona no residente dentro del área metropolitana de Monterrey, se le avisará telefónicamente o por telegrama y se le enviará su premio.

La Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea organiza el

VIII CERTAMEN LITERARIO ALBERTO MAGNO DE CIENCIA FICCIÓN

Bases

- 1.- Podrán optar todos los relatos originales encuadernables dentro del género de la Ciencia-Ficción y que se reciban dentro del plazo señalado por estas bases.
- 2.- Los relatos serán en cualquiera de las dos lenguas de la comunidad, no premiados en otros concursos, ni presentados, con igual o distinto título a otro premio literario pendiente de resolución, y cada concursante podrá presentar todos los originales que desee. Cada relato deberá tener un título.
- 3.- Los trabajos tendrán una extensión mínima de 30 folios y máxima de 50, mecanografiados a dos espacios y por una sola cara. Se presentarán por triplicado encuadernados o cosidos en forma simple. Se presentarán bajo lema o seudónimo, acompañados de un sobre cerrado conteniendo en su interior nombre, apellidos, dirección y teléfono del autor. En el exterior del sobre figurará el título del relato y el lema o seudónimo. Los miembros de la UPV/EHU señalarán también esta condición con la indicación "miembro UPV/EHU" en el exterior del sobre.
- 4.- El plazo de admisión de los originales, a partir de la presente convocatoria, comprende hasta el día 13 de octubre de 1996, y podrán ser entregados en mano o remitidos por correo a: **FACULTAD DE CIENCIAS, Decanato.** Apdo. 644, 48080 BILBAO, España, haciendo constar en el sobre "Para el VIII Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción".
- 5.- Se establece un Primer Premio de 400.000 ptas. y su Segundo Premio de 100.000 ptas. A criterio del jurado, cualquiera de los premios podrá declararse desierto.
- 6.- El fallo, que será inapelable, se hará público el día 15 de noviembre -Festividad de San Alberto Magno- en acto celebrado en la Facultad de Ciencias.
- 7.- Será protestativo de la Facultad de Ciencias editar una antología de los relatos premiados, y de aquellos presentados al concurso que reúnan méritos suficientes, a juicio del jurado. En este sentido se entenderá que los autores prestan su conformidad, ceden los derechos a la UPV/EHU y renuncian a cualquier otra remuneración económica.

- 8.- Los trabajos no premiados, excepto los que vayan a formar parte de la antología, podrán ser retirados por los autores, o personas en quien deleguen, en un plazo máximo de 30 días a partir de la entrega de premios. Transcurrido este plazo, no habrá derecho a reclamación.
- 9.- Los premios podrán declararse desiertos.
- 10.- La composición del jurado se dará a conocer oportunamente.
- 11.- La participación en el certamen supone la aceptación de sus bases.

El Gobierno del Estado de Puebla convoca al
XIII CONCURSO DEL CUENTO NAHUATL
XI CONCURSO DEL CUENTO TOTONACO
V CONCURSO DEL CUENTO MIXTECO
I CONCURSO DEL CUENTO POPOLOCA
I CONCURSO DEL CUENTO MAZATECO

Bases

- 1.- Podrán participar todas las personas radicadas en México, con un cuento inédito escrito en las lenguas indígenas mencionadas; se pretende estimular la creación literaria, así como el rescate de los cuentos populares de tradición oral.
 - 2.- Tema libre, extensión mínima de 5 cuartillas, máxima de 15, escritos por una sola cara, a máquina a doble espacio, y su traducción al español.
 - 3.- Los trabajos deberán ser enviados en original y tres copias a la:
CASA DE LA CULTURA DE PUEBLA, sita en Av. 5 Oriente No. 5, Puebla, Pue. México C.P. 72000. Apdo. Postal 255.
 - 4.- En el Concurso Nahuatl, será importante escribir la región y la variante dialectal a que pertenezca el cuento participante, firmado con seudónimo, llevando adjunto un sobre cerrado que contenga el nombre correcto del autor, dirección, teléfono y lugar de procedencia.
 - 5.- El jurado calificador estará integrado por especialistas bilingües y escritores de reconocido prestigio.
 - 6.- Los derechos de publicación de la primera edición de los trabajos premiados y las antologías correspondientes serán propiedad exclusiva de los organizadores.
 - 7.- La fecha última de la recepción de los trabajos, será el 30 de septiembre y la entrega de los premios el 18 de noviembre de 1996.
 - 8.- Los organismos convocantes, cubrirán los gastos de traslado del ganador, dentro de la República Mexicana.
 - 9.- Los casos no previstos en la convocatoria, serán resueltos por los convocantes.
- Premio único e indivisible por concurso: \$4,000.00



CARTELERA MENSUAL SEPTIEMBRE DE 1996

CINE

Cine de Barrios
Septiembre 6 19:00 hrs.
Local contiguo a la iglesia,
Col. Villa Olímpica
Guadalupe N.L.

Revisiones de cine mexicano
Coord. Rogelio Reyes
Septiembre 4, 11, 18, 25 19:30 hrs.
Sala Gabriel Figueroa, Casa
de la Cultura de Nuevo León

CIRCUITOS MUNICIPALES

Estampas Mexicanas
-Pablo O'higgins-
En coordinación con la dirección
de Cultura de Vallecillo, N.L.
Casa de la Plomada, Vallecillo, N.L.

Imágenes Nuevoleonesas
-Oleos de David E. Fern-
En coordinación con el Museo
Bernabé de las casas de Mina, N.L.
Museo Bernabé de las casas,
Mina, N.L.

Conversión de Imágenes
-Oleos de Esteban Ramos-
En coordinación con la dirección
de Cultura de Bustamante, N.L.
Centro Cultural Jorge A. Treviño,
Bustamante, N.L.

Viacrusis -Luis Alferez-
En Coordinación con la
Dirección de Cultura de
Villadama, N.L.
Museo de Villadama, N.L.

Sol de Monterrey
-Exposición Colectiva-
En coordinación con la
Dirección de Cultura de
Aguaqueguas, N.L.
Casa de la Cultura, Aguaqueguas N.L.

Antología Gráfica para
Alfonso Reyes
Dibujos de Gloria Correa
En coordinación con la
Dirección de Cultura de
Aguaqueguas, N.L.
Casa de la Cultura, Aguaqueguas N.L.

Pintores Contemporáneos
de Nuevo León
-Exposición Colectiva-
En coordinación con la
Dirección de Cultura de
Santiago N.L.
Centro Cultural Santiago,
Santiago N.L.

-Naguales -Oleos de Manuel
Cocho
En coordinación con la

Dirección de Cultura de
Linares, N.L.
Sala de Exposiciones Teatro
de la Ciudad, Linares N.L.

-Gráfica de Bolsillo-
Exposición Colectiva
En coordinación con la
Dirección de Cultura de
Lampazos, N.L.
Museo de Historia y de las
Amas Nacionales, Lampazos, N.L.

Agutintas de Lola Cueto
En coordinación con la
Dirección de Cultura de Allende N.L.
Museo de Allende, N.L.

Los Rostros y Los Días -Dibujos
de Alfonso Reyes Aurecococha-
En coordinación con la
Dirección de Cultura de
Anáhuac, N.L.
Centro Cultural Anáhuac,
Anáhuac, N.L.

Linares, Ayer, Hoy... Siempre
-Serigrafías de Saskia Juárez-
En coordinación con la
Dirección de Cultura de
Sabinas Hidalgo, N.L.
Museo de Historia, Sabinas
Hidalgo, N.L.

Joyas Coloniales
-Acuarelas de Sergio Chávez-
En coordinación con la
Dirección de Cultura de Dr.
González, N.L.
Centro Cultural, La Casona,
Dr. González, N.L.

El Paisaje del Noreste
-Acuarelas de Manuel de la Garza-
En coordinación con la Dirección
de Cultura de García, N.L.
Casa de la Cultura, García, N.L.

Sentimientos de Manuel Durón
En coordinación con la Dirección
de Cultura de García, N.L.
Casa de la Cultura, García, N.L.

Taller Infantil de Danza
Folklórica
Mtra. Inés Flores
Septiembre 7, 14, 21, 28
10:00-14:00 hrs.
Museo Bernabé de las Casas,
Mina N.L.

Taller de Teatro
Capacitación y profesiona-
lización de instructores
Mtro. Sergio García
Septiembre 7, 14, 21, 28
10:00-14:00 hrs.

Linares, San Nicolás de los
Garza, García y Guadalupe
Entrada Libre
Actores y directores de teatro

EXPOSICIONES

Onirismo
Técnicas Mixtas de David
Simón Viera
Septiembre 11, 20:30 hrs.
Claustro Pinacoteca de Nuevo León

Maestros de la Academia de
San Carlos
Exposición Colectiva
En coordinación con la
Pinacoteca Virreinal
Inauguración: Septiembre 27,
20:30 hrs.
Paraninfo, Pinacoteca de
Nuevo León

VII Bial de fotografía
Exposición Colectiva
En coordinación con el Centro
de Imagen
Inauguración: Septiembre 27,
20:30 hrs.
Gran Salón, Pinacoteca de
Nuevo León

Vicente Rojo -Oleo sobre papel-
En coordinación con la
Coordinación Nacional de
Descentralización
Septiembre del 1 al 15
Paraninfo, Pinacoteca de
Nuevo León

Encuentro Fotográfico 96
-Exposición Colectiva-
Inauguración: Septiembre 5,
20:30 hrs.
Galerías Planta Baja, Casa
de la Cultura de Nuevo León

Los Hijos del Sol -Fotografías
de Alejandra Platt-
Inauguración: Septiembre 5,
20:30 hrs.
Galerías Planta Baja, Casa
de la Cultura de Nuevo León

Archivo Fotográfico Fundidora,
1900 a 1968
Exposición de fotografías
Inauguración: Septiembre 13,
20:00 hrs.
Lobby, teatro de la Ciudad

El Guernica de Picasso -Mural-
Taller de Plástica y Muralismo
Constituyentes de Querétaro
Inauguración Septiembre 5,
10:00 hrs. Dr. Coss y
Washington

TALLERES

Taller de narrativa y poesía
Ma. Dolores Hernández
Viernes de 16:00 a 19:30 hrs.
\$40.00 mensual
Todo Público
Tercer piso, Casa de la Cultura
de Nuevo León

Taller de Lectura y Poesía
Dulce Ma. González
Sábados de 10:00 a 12:30 hrs.
\$50.00 mensual
Todo Público
Cafetería Farmacia Benavides

Taller de Narrativa
Eduardo Antonio Parra
Sábados de 11:00 a 13:00 hrs.
\$50.00 mensual
Todo Público
Tercer piso, Casa de la Cultura
de Nuevo León

Clases de piano
\$160.00 mensual
Taller de narrativa y poesía
Todo Público
Sala Gabriel Figueroa, Casa de
la Cultura de Nuevo León

Clases de canto
Carlos Paredes
Miércoles o Sábados de
13:00 a 14:00 hrs.
\$60.00 mensual
Adolescentes y adultos
Sala Alfonso Reyes, Casa de la
Cultura de Nuevo León

Taller de Máscaras para Niños
El último Unicornio
Mtra. Virginia del Río
Septiembre 7 y 14
Col. Las Puentes 14o. Sector,
San Nicolás de los Garza

Taller de narración oral
para Niños
El último Unicornio
Mtra. Virginia del Río
Septiembre 23 al 27
Jóvenes y Adultos
Escuela de la Col. Revolución
Proletaria, Monterrey N.L.

Taller de teatro callejero
Clausura
Los Hijos de Nadie
Mtra. Ileana Solís
Septiembre 27 18:00 hrs.
Col. El Puerto, Monterrey N.L.

75
aniversario

AZCUNAGA



En apoyo a la cultura